



CLEVA SOLIS

NACIMIENTO DE LA DESAMPARADA FLOR

La belleza juega un rato con singular destreza, lanza sus armas más poderosas y se va.

La música de Alexander Scriabin venía con una lírica bondad, y se desleía como un pájaro girador inenarrable. Alicia Alonso y Jorge Esquivel acudían a apurar de pronto la cita afortunada, iban al encuentro de un desconocido lugar, guardado con tapices cautelosos. El diálogo para ir a la poesía de Fina García Marruz, tenía la maestría de los paisajes más brumosos, más pensativos.

Pronto se podía distinguir el nacimiento de la desamparada flor, que regresaba al calor del arabesco, en la porfía de las esencias más amantes. El ser en su alto escrúpulo, daba la participación más inesperada, creaba la perdida huella, y volcaba el andado camino hasta el retablo. ¿Quién sabía que se garantizaba un sueño de esa magnitud, que los bosques más hondos hacían sentir sus tesisuras? El éxtasis sumaba una gran partida. La suavidad del pétalo jugaba su papel con el juicio del holocausto. Tanta sedosa sensación y tenue luz de perfumes se iban disolviendo, se sucedían. Ya el amparo de la flor era posible, y salvaba el foso de la Muerte. ¿A quién preguntar entonces si de veras la carroza se llevaba a la desventurada o el fuego que aleteaba en los danzarines cerraba de pronto el desastre? El gemido tenía un pálido lied. Unas yerbecillas venían a apurar los flecos de las lámparas tenues y ocres.

Así Alicia Alonso tenía la transfiguración de la faz. Una luz pálida bajaba y bajaba, y los marfiles más dóciles obedecían en un vuelo de blancos matices. Atónita la flor iba en pos de la corriente, nadie ni nada podían detenerla. Entonces volvía un desvanecimiento, una desgranadora sonrisa, a veces la sombra de la muerte, otras un pájaro oscuro iba y venía y aleteaba como tocando a las puertas. Un deslumbramiento remoto ponía un eco tímido. ¿Eran las esencias de la danza? ¿Era la turbulencia del espíritu que amanecía, y que volvía y tras de un vuelo solitario iba lentamente apagándose? Así la danza alcanzó su poesía cimera, más entregada, más impetuosa.

La danza y la poesía, cada una, habían partido desde un punto desconocido, conduciendo un enigma, y se habían encontrado de pronto en sus afortunados designios. Alicia Alonso en la flor misma, en el espectro de su río oscuro. Fina García Marruz, en una claridad desconocida cuando la flor de pronto fue como una lámpara bermeja.

La ganancia fue suprema, la expresión genuina más acabada, por su maestría y deslizamiento de las facciones en todo el estremecimiento del danzario juicio. La admiración y el respeto una vez más cuidan y rinden un tributo a estos artistas admirables, poseedores de un oculto amor a la belleza.

Julio, 1977.